

La confianza

Ángel Esteban (Universidad de Granada)

La habitación era un charco de sangre, y los miembros de varias personas yacían desperdigados y confundidos entre las mesas, sillas y estanterías. El dedo corazón de una mano gruesa, como de hombre maduro y acostumbrado al trabajo, apareció dentro de un ejemplar de la Biblia, entre la página 1188 y 1189. Yo era en aquella casa un vecino más, un curioso que había llegado antes que la policía, convocado por el estruendo. Acababa de desayunar en la terraza de mi despacho, acompañado, como cada mañana, por la silueta implacable de la Alhambra y el Generalife, y flanqueado por los tejados de incontables cármenes recostados sobre la loma que muere en el río Darro. Dejé los restos del café temblando en círculos concéntricos sobre los bordes de la taza, bajé corriendo las escaleras y me lancé a la calle. Guiado por el oído doblé a la izquierda, un primer callejón, otro a la derecha, una pequeña plaza irregular, la Cuesta del Aljibe y, finalmente, el Callejón de los Negros, que muere en un pequeño ensanche. Allí estaba la mansión de los Mc Abbey. Nadie se explica cómo pudieron salir tan rápido los asesinos. Primero fueron los gritos, luego ráfagas de metralleta, más tarde ruidos de golpes, muebles, puertas, y el galope cínico, resuelto, de un montón de botas con prisa. Los cuerpos de Jonathan, Angustias y Bárbara se esparcían sin vida y sin orden ante la mirada atónita de los que habíamos sido congregados por el horror.

Jonathan Mc Abbey había llegado a Granada a los diez años, huyendo de la quema. Judío, de origen irlandés algo dudoso y remoto, se instaló en el Albayzín a principios de 1942, cuando su padre tuvo que abandonar la cátedra que ocupaba en la Universidad Carolina de Praga y hacer las maletas por tercera vez en pocos años. Nada supersticioso, ni siquiera pensó en el destino que soportaron sus antepasados, en ese mismo barrio granadino, cuando fueron expulsados, del brazo de los musulmanes, por los Reyes Católicos. Jonathan heredó de su padre no solo el magnífico carmen de la Placeta de los Negros, sino también la fe inquebrantable en la Sagradas Escrituras, el hábito de la simetría, la obsesión por lo circular y el olfato para descubrir el antisemitismo y ponerse en guardia frente a él. Casado con una granadina, tuvo una hija, a la que llamó Bárbara urgido por sus obsesiones, ya que se trataba de un nombre judío, de siete letras (el número bíblico que indica la perfección), que combina b, r y a (la trinidad subsumida y anegada en la perfección septiforme) de un modo muy curioso: la *a* es la única vocal, es la primera del abecedario y se repite tres veces (nuevamente la unidad y la unicidad que niegan y sobrepujan la trinidad); la *b* es la segunda del abecedario y la *r* la decimoctava, y dos veces 18 es 1818.

Bárbara era, así, el fruto seguro de una elección divina, y en ese nombre se encontraba la clave para la actuación de Jonathan: a pesar de todas las persecuciones a las que había sido sometido, a pesar de las humillaciones que había soportado durante toda su vida por su origen judío, las simetrías en torno al nombre de su hija compensaban tantos malos ratos. Dios le había hecho ver con claridad un principio indudable, a través de los salmos de David. Tras un examen minucioso de la *Biblia*, comprobó que el capítulo más largo es el 119 de los Salmos, y el más corto el 117 del mismo libro. Y el 118 es, precisamente, el capítulo central del texto sagrado, pues hay 594 por delante de él y otros 594 a continuación. Sumando las cifras se obtiene el número 1188, que coincide además con el versículo central de la *Biblia*: *Libro de los Salmos*, 118:8, que reza así: “Mejor es poner tu confianza en el Señor que confiar en los hombres”.

Bárbara creció, entre salmos y números, convirtiéndose en el centro de aquellas vidas, hasta que un muchacho rubio e inteligente vino a turbar la estabilidad trinitaria de los Mc Abbey. Como casi todos los padres, Jonathan no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia, y aceptar que Bárbara quería a Marco, Marco a Bárbara, y que estaban dispuestos a casarse al año siguiente. La pedida de mano no tuvo nada de especial: intercambio de regalos, un rato agradable de conversación, una merienda preparada por Angustias con piononos y delicias de Flor y Nata... lo más divertido fue el discurso de Marco padre. Remontándose casi hasta el Génesis, dibujó una semblanza de la familia, comenzando por los humildes orígenes vascos, pasando por la afición al comercio de su estirpe hasta el negocio de bicicletas que había inaugurado en la calle Mesones pocos días después de su boda con Rita, con quien estaba a punto de cumplir 25 años —los más felices, dijo— de vida en común. De hecho, las Bodas de Plata del matrimonio iban a celebrarse un mes antes de la boda de su hijo. Algo no cuadraba en las cuentas del viejo Jonathan, tan acostumbrado a los números, ya que la solidez del discurso de Marco no encajaba con su aspecto. Si bien conservaba una figura envidiable, muy alto, delgado, elegante, con un largo y poblado mostacho y una cabellera abundante y rizada, las arrugas de la cara y la monotonía del pelo absolutamente blanco hacían pensar en un hombre de avanzada edad. El mismo día de la boda, repasando los papeles de las familias antes de ser entregados a la firma de los testigos, Mc Abbey descubrió que había una diferencia apreciable entre la fecha del matrimonio de los consuegros y la que se manejó discretamente en el discurso del vendedor de bicicletas. Con la vena de su cara hinchada y el semblante dominado por el horror tuvo la intuición más clara y trágica de su vida. A los pocos días, Marco Cruz, dueño del negocio “La llanta voladora”, apareció asesinado a pocos metros de su tienda, en la puerta de la agencia de viajes de la calle Salamanca.

Nunca se supo quién lo mató. Los periódicos hacían apuestas. La policía no daba detalles. Pero allí, en el despacho de Jonathan, se encontraron más tarde unos expedientes con la historia de un tal Mark Krupp, estudiante de antropología, que había llegado a Granada hacia 1946, poco después de que ajusticiaran a su padre por haber participado en algunas de las peores masacres del régimen nazi. Las especulaciones eran obvias: un cambio de nombre y nacionalidad, una historia de infamias lavada por un pasaporte falso y una identidad disimulada. El olfato del judío no había fallado, tampoco la confianza ciega en el salmo 118, versículo 8: jamás volvería a poner su confianza en hombre alguno. Días después de la muerte de Marco, amaneció el Callejón de los Negros lleno de pintadas: “Acuérdate de lo que hizo Trifón con tus antepasados”. El ambiente en el barrio era tenso. Mi calle parecía un desierto aquellos días, y la Placeta de los Carros, tan acostumbrada a recibir aluviones de hippies, gitanos, extranjeros residentes y turistas, que bajaban de San Nicolás para desembocar en Plaza Nueva, contagiaba una tristeza y una soledad casi más dañinas que la propia tensión. Una mañana, mientras desayunaba en la terraza, movido por la curiosidad busqué la palabra “Trifón” en el índice onomástico de la *Biblia*. Fue uno de los nobles que intentaron sacar provecho, muerto de Alejandro Magno y consolidado el imperio, de las increíbles conquistas y mejoras que este había generado en su reinado. Llevó hasta la corona a Antíoco, descendiente de Alejandro, y luego intentó usurparle el poder para convertirse en rey absoluto de toda Asia. Pero encontró un obstáculo en su camino...

Continué leyendo y un sudor frío comenzó a bajar desde el cuello hacia mis piernas: en el otro lado de la contienda, Jonatán, sucesor de Judas Macabeo como líder de los judíos, entre el 160 y el 142 antes de Cristo, salió al encuentro de Trifón con cuarenta mil hombres. Este, al ver esa muchedumbre, se acobardó y disimuló ante Jonatán el Macabeo:

-¿Para qué has fatigado a todo este pueblo si no existe guerra alguna entre nosotros? Envíalos a sus casas ahora mismo. Elige unos pocos hombres que te acompañen y ven conmigo a Tolemaida. Te entregaré la ciudad, las otras fortalezas, el resto del ejército y todos los que tienen cargos, y luego me iré de vuelta (I Mac 12, 44-45).

Jonatán se fío de él. Permaneció allí con 1188 hombres, y Trifón lo hizo prisionero, manteniéndolo durante mucho tiempo en cautividad, antes de matarlo, mientras despedazaba al resto de los guerreros judíos, esparciendo su sangre y sus miembros por los campos y los alrededores de Tolemaida. En ese momento comencé a escuchar gritos, ráfagas de metrallera y ruidos. Dejé los restos del café temblando en círculos concéntricos sobre los bordes de la taza y me lancé a la calle. Era el 1 de enero de mil novecientos ochenta y ocho.